



Dominación masculina y feminismo en los movimientos sociales

Dunezat Xavier¹

Recibido: 22-05-2016 / Aceptado: 28-03-2017

Resumen. Comparando cuatro movilizaciones “sin” (parado/as y sin-papeles) de Francia, se interrogan las interacciones entre el feminismo y los procesos de profundización democrática de los años 1990-2000. Mediante los datos extraídos de varias centenas de observaciones participantes y alrededor de cien entrevistas en profundidad realizadas desde 1998 hasta 2016, este artículo pone de manifiesto que la práctica democratizante de los movimientos sociales “progresistas” no está exenta de (re)producir –mediante la división del trabajo militante– relaciones de dominación entre agentes; ni de producir oportunidades para la resistencia. Este trabajo desvela que: (1) la dominación masculina estructura cada lucha mixta estudiada; (2) mediante la organización del trabajo militante, ciertos hombres toman posición y ubican al resto de participantes en modos dominados –activos o pasivos– de participación; (3) no obstante, el hecho de que el feminismo sea relegado –o rechazado– como movimiento político no impide que se desplieguen prácticas feministas. El artículo profundiza en la explicación de esta tercera idea aludiendo a que en estos casos se trata de un “feminismo práctico” que alterna la denuncia directa de la dominación masculina, y un enfrentamiento más indirecto mediante la organización del trabajo militante.

Palabras clave: movimientos sociales; trabajo militante; parados/as; sin-papeles; género; raza; clase.

[en] Male Domination and Feminism in the Social Movements

Abstract. By comparing four mobilizations of “without” (unemployed persons and undocumented people) in France, we investigate the interactions between the feminism and the processes of deepening democratization in the years 1990-2000. Through an immersion based on participating observations and interviews since 1998 until 2016, this article shows that the experience of democratic deepening which establish the “progressive” social movements are not exempt to reproduce and to produce –through the militating division of labour– relations of domination between agents and dynamics of resistance of the latter. First, we identify the extent to which the male domination structures every studied mixed struggle. Second, we explain how, thanks to the organization of the militant work, some men impose themselves and lock the other participants into dominated modes –active or passive– of participation. Third, if the feminism as a political movement seems relegated, even rejected, it does not mean that feminist practices do not succeed in spreading. It is about a “practical feminism” which alternates between the direct denunciation of the male domination and the more indirect confrontation with the latter through the organization of the militant labour.

Keywords: social movements; militant labour; unemployed; undocumented; gender; race; class.

¹ Universidad de Rennes (Francia).
E-mail: dunezat.xavier@wanadoo.fr

Cómo citar: Dunezat, X. (2017): “Dominación masculina y feminismo en los movimientos sociales”, *Política y Sociedad*, 54(2), pp. 399-419.

Sumario. 1. Introducción. 2. Metodología. 3. Dominación masculina y división del trabajo militante. 4. Relegación del feminismo y activación de las prácticas feministas. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

Agradecimientos. Agradezco a Jone Martínez Palacios y a Patricia Martínez García su ayuda en la escritura y en las correcciones de estilo de este artículo. Asumo la responsabilidad del contenido del mismo.

1. Introducción

¿Cómo se articulan el feminismo y los procesos de profundización democrática en la práctica política? ¿La conciencia feminista constituye una condición *sine qua non* de una participación inclusiva y democrática de las mujeres en los procesos políticos? ¿Qué rol tienen –o pueden tener– las mujeres en el marco de un proceso de democratización que se desarrolla en un contexto no feminista? ¿Es posible un “feminismo práctico” en tal contexto?

Este artículo propone analizar las interacciones entre el feminismo y los procesos de profundización democrática a partir del caso de dos movimientos sociales que no se auto-definen como feministas. Por un lado, el “movimiento de los parados”, muy activo en Francia durante la década de 1990, en el cual el investigador tomó parte durante la campaña de ocupaciones de edificios públicos de 1997-1998 (Demazière y Pignoni, 1998). Por otro lado, el movimiento de los sin-papeles, que despunta en Francia a finales de los años 90 (Siméant, 1998), pero que sigue vivo en algunas regiones, y en el que el investigador participa desde 1998.

Los movimientos sociales “progresistas” tienen en común el hecho de mostrarse como laboratorios de nuevos procesos democráticos “de abajo arriba”. En ese sentido, muchos/as autores/as los presentan como una de las vías que contribuyen a reducir la distancia entre el Estado y la ciudadanía. Sin embargo, el paradigma de la consustancialidad (Kergoat, 2012; Galerand y Kergoat, 2014) o de la interseccionalidad (Crenshaw, 2005) nos invita a preguntarnos si la lucha entra en conflicto con los intereses de alguno/as dominado/as². De dicha invitación extraemos aprendizajes sobre el modo en el que el tema sobre el que pilota la acción colectiva no toma en consideración a todas las personas concernidas; o acerca de por qué la forma de organización de la lucha rechaza, de manera más o menos voluntaria, a una categoría de personas participantes, llegando incluso a excluir al conjunto de personas cuya experiencia da sentido a la lucha.

Teniendo en cuenta lo anterior, en el presente trabajo nos interesa esta segunda cuestión. Es decir, aquello que ocurre durante el momento militante entre los agentes que lo integran, más que la temática en la que se centra la movilización. Esto es: ¿qué tipo de relaciones sociales se desarrollan en el seno del movimiento?

² Según la perspectiva interseccional, existen múltiples sistemas de opresión y es necesario pensar en sus efectos atendiendo a la complejidad que la interrelación entre ellos provoca a la hora de experimentar dicha opresión. De modo que se desplaza la idea de jerarquizar las fuentes de opresión hacia un análisis de sus modos de co-formación. La perspectiva de la consustancialidad es similar, pero a la hora de explicar la producción social de un grupo se prioriza el hecho de pensar en las relaciones sociales de poder durante el proceso.

Si el hecho de que la acción colectiva que emana de éstos quiera alcanzar un mayor reconocimiento –mayores cotas de libertad, igualdad y dignidad por parte del Estado– implica interpretar dicha acción como una dinámica de profundización democrática, es pertinente preguntarse si quienes participan de ésta incorporan prácticas y objetivos justos e igualitarios en su organización interna.

La teoría feminista ha permitido relativizar la idea de que los movimientos sociales son sólo espacios de resistencia y de experimentación democrática, olvidando todos los procesos de dominación que las luchas reproducen. Esta dinámica, menos democrática, ha sido estudiada en distintos trabajos sobre la estructura de género en el campo militante, entendido en sentido amplio y específicamente en los movimientos sociales (Gender&Society, 1998, 1999; Osborne, 2005; Biglia, 2005; Alfama y Miró, 2005; Álvarez Molès, 2012; Horn, 2013; Martínez Palacios, 2013). La investigación que se presenta en este artículo, basada en el marco teórico de los *rappports sociaux* y de su consustancialidad (Kergoat, 2012), participa de esta literatura aportando un acercamiento particular y empírico a la acción colectiva en Francia (Fillieule y Roux, 2009; Cervera-Marzal, 2015). Con la expresión francesa de *rappports sociaux* nos referimos a las relaciones sociales de poder. Más concretamente, a las relaciones de fuerza que estructuran –material y simbólicamente (Guillaumin, 1992; Godelier, 1984)– la realidad social y que, mediante la división del trabajo, producen grupos sociales (basados en el sexo, la raza, la clase social o la edad, entre otros) que se disponen en posiciones contradictorias, antagonicas y jerárquicas.

De manera que hablar de la consustancialidad de las relaciones sociales de poder implica comprender que las relaciones sociales de sexo constituyen una de las tensiones transversales a toda la sociedad que, mediante la “división sexual del trabajo” (Kergoat, 2012) y articulándose con las divisiones de clase y de raza, segregan a los seres humanos entre hombres y mujeres. Desde este punto de vista, los dos sexos no son grupos biológicos sino estrictamente sociales. Del mismo modo que el racismo produce la raza y las luchas de clase producen la clase como signos de distinción, el sexismo –el patriarcado, el sistema de género (Delphy, 2001), el “sexage” (Guillaumin, 1992)– “fabrica” el sexo como criterio de diferenciación y de jerarquización.

Siguiendo este enfoque, se plantea una hipótesis según la cual tanto las relaciones sociales de sexo como el resto de las relaciones sociales de poder (raza, clase, etc.) contribuyen, no sólo a la estructuración de los movimientos sociales, sino también a la actualización y activación de la producción de las propias relaciones. Por consiguiente, se entiende que las “lógicas patriarcales de la militancia” (Cossy *et al.*, 2005) no son simplemente productos de una sociedad patriarcal; además, son también agentes de producción de ésta.

Para analizar esta dinámica compleja se requieren “gafas” que tengan en cuenta las disposiciones y los dispositivos en la militancia ya que la cuestión atañe a las trayectorias (socialización) y a las prácticas militantes (situación), debido a que existe un “ajuste previo” entre disposiciones y dispositivos³ (Nicourd, 2009: 12; Mathieu, 2012: 183-252). Por disposiciones entendemos todas las formas de capital

³ Designamos aquí la dialéctica entre disposiciones y dispositivos. Para comprometerse, no son suficientes las disposiciones, porque hay que tomar en cuenta la adecuación entre éstas y los dispositivos –específicamente en términos de organización del trabajo militante– que estructuran la lucha, legitimando o no las disposiciones.

–cultural, social, económico y militante (Matonti et Poupeau, 2004), así como doméstico, profesional y “vivido” (Dunezat, 2009)– que se acumulan en las trayectorias de vida y que se pueden movilizar en una situación inédita (un movimiento social, por ejemplo). Por dispositivos designamos los “modos de organización del trabajo voluntario y militante” (Nicourd, 2009: 13), nombrando así todo lo que es necesario hacer para que la movilización tenga una existencia material y simbólica. Por consiguiente, no es suficiente decir que ciertos hombres han dominado (en) un campo de la realidad social porque poseen ciertas disposiciones. Es preciso que estudiemos también el modo en el que han podido conquistar una posición dominante en este campo.

La entrada analítica seleccionada en este trabajo con el fin de estudiar la producción del género en la militancia es la del trabajo militante y su organización (Dunezat, 2007; Nicourd, 2009). Cada movimiento social supone y genera tareas sin las cuales no puede existir, tanto material como simbólicamente. Empleando un enfoque materialista, y a través del estudio del modo de organización del trabajo, se puede hacer un puente entre el desorden de las prácticas sociales y las relaciones sociales de poder. Analizando el trabajo militante⁴, es posible enfocar a la vez las disposiciones y los dispositivos que convergen para producir un reparto específico del trabajo militante y, en consecuencia, de las/los militantes.

A través de ese análisis, y después de un apartado metodológico, vamos a comprobar, en primer lugar, que la dominación masculina⁵ es una dinámica que estructura todos los movimientos investigados mediante una división del trabajo militante que obliga a los/as otro/as movilizado/as a adoptar modos específicos de participación. En tal contexto y, en segundo lugar, veremos que el feminismo aparece relegado al inicio de cada lucha. Sin embargo, detectaremos que ello no suprime la posibilidad de que las dinámicas feministas estructuren la acción colectiva, de manera directa o indirecta.

2. Metodología

Mediante la inmersión basada en varias centenas de observaciones participantes, alrededor de cien entrevistas en profundidad y el mismo número de cuestionarios, se investigan dos movilizaciones locales de parado/as entre 1998-1999 (en Morlaix y en Rennes –Bretaña–) y dos movilizaciones locales de sin-papeles –el “Colectivo” desde 2002 hasta 2016 y el “Comité” entre 2006-2007– cuya localización exacta no se indicará en este artículo para evitar que los resultados de

⁴ Concretamente, y en el marco de esta investigación, recogiendo mediante observación directa (participante) “quién hace qué”, y realizando entrevistas para reconstruir las trayectorias individuales y las lógicas subjetivas que guían los modos de participación y de inscripción en el trabajo militante. Véase también el apartado metodológico.

⁵ En el contexto académico francés, el trabajo de Bourdieu generó muchas críticas, entre otras porque la expresión de dominación masculina (o de opresión) ya era usada en las luchas feministas y en varios estudios feministas materialistas (véase Delphy, 1970; Mathieu, 1971; Guillaumin, 1977; la revista *Questions féministes* también) y Bourdieu “olvidó” referirse a estos trabajos previos (véase el artículo crítico muy famoso en Francia de Nicole-Claude Mathieu, “Bourdieu ou le pouvoir auto-hypnotique de la domination masculine”, Les Temps Modernes, 1999). Además, y aparte de esta razón, ligada a los conflictos epistemológicos dentro del campo francés, no uso la expresión “dominación masculina” en el sentido de Bourdieu, ya que tiene una connotación más simbólica que materialista (véase también Mathieu en este punto).

este trabajo sean empleados para deslegitimar la acción de estos movimientos. *Infra*, se emplean las expresiones “Morlaix”, “Rennes”, “Colectivo” y “Comité” para dar nombre a las luchas estudiadas (véase tabla 1).

Tabla 1. Presentación de los cuatro movimientos estudiados

	Movimientos de parado/as		Movimientos de sin-papeles	
Nombre	Morlaix	Rennes	Colectivo	Comité
Duración del movimiento	13/01/1998 → 26/03/1998	6/01/1998 → 1999 (fase activa)	12/2001 → 2017	09/1996 → 2017
Periodo de inmersión investigadora	13/01/1998 → 26/03/1998	10/01/1998 → 1999	12/2001 → 2017 (excepto 2006-2007)	09/2006 → 07/2007
Agente promotor del “lanzamiento” de la movilización	Comité de los parados y solidarios de Morlaix (asociación local)	CGT Parados y AC! (desvinculación = 4/02/1998)	Individuos de las corrientes libertarias y feministas	Red de militantes del Partido Comunista, de la CGT, del MRAP ⁶
Número de participantes	20-30 (bastante estable)	30-60 (inestable y decreciente)	20-40 (bastante estable)	100-300 (muy inestable)
Reivindicaciones	Subida de los mínimos sociales (RMI). Reconocimiento de las asociaciones de parados en las negociaciones sociales. Reparto de las riquezas	Prima de navidad para los parados. Subida de los mínimos sociales (RMI ⁷). Reconocimiento de las asociaciones de parados	Regularización de los sin-papeles. Libre circulación e instalación	Regularización de los sin-papeles
Modo de inscripción	Participación en las asambleas generales y carnet de la asociación	Participación en las asambleas generales y acciones	Participación a las asambleas generales y acciones	Carnet con cotización anual
Organización	Presencia diaria + Asamblea General diaria	Asamblea General diaria + comisiones	Comisión jurídica + Asamblea General semanal	Comisión jurídica diaria + portavocía + dirección semanal + grupos de sin-papeles + Asamblea General

⁶ AC! significa Actuar juntos en contra del Paro!; CGT significa Confederación General del Trabajo; MRAP significa Movimiento en contra del Racismo y por la Amistad entre los Pueblos.

⁷ RMI significa Renta Mínima de Inserción. Es muy parecida a la Renta de Garantía de Ingresos en España.

Nombre	Movimientos de parado/as		Movimientos de sin-papeles	
	Morlaix	Rennes	Colectivo	Comité
Instancia de decisión central	Asamblea General con control de la asociación (derecho de veto)	Asamblea General	Asamblea General	Portavocía y reuniones de dirección semanal
Modo de decisión	Consenso (pero voto para ciertas decisiones)	Voto sistemático	Consenso (rechazo del sistema de voto)	Voto (validado por Asamblea General)
Elementos centrales de los discursos de presentación	Horizontalidad, necesidad de la división del trabajo por su eficacia	Horizontalidad, necesidad de la división del trabajo por su eficacia	Horizontalidad, rechazo de la división del trabajo	Verticalidad, valorización de la división del trabajo
Registros de acción	Ocupaciones, concentraciones, manifestaciones, distribución de octavillas			
	Asambleas Ciudadanas, periódico	Pegada de carteles, veladas culturales, periódico, etc.	Conciertos, etc.	Cenas, periódico, etc.
Registro privilegiado entre las acciones	Ocupación continua (día y noche)	Ocupación puntual (con resistencia a la evacuación policial)	Ocupación puntual (sin resistencia a la evacuación policial)	Huelga de hambre (represión policial)
Porcentaje de participantes "sin"	45%	75%	< 20-30% y muy inestable	> 90% y muy estable
Hombres (en %)	70% y estable	60% (inicialmente) 90% (1999)	30% (inicialmente) 55% (actualmente)	> 80%
Blancos (en %)	> 95%	> 95%	> 90% (inicialmente) > 60% (actualmente)	< 5%
Reclutamiento socio profesional	Parado/as + profesores/as + precarios/as	Parado/as + profesores/as + precarios/as	Profesores/as + estudiantes + precarios/as Información no disponible para los sin-papeles	Profesores/as > Información no disponible para los sin-papeles

Fuente: elaboración propia.

La metodología adoptada es comparativa y etnográfica, recurriendo: por una parte, al análisis del contenido de los cuadernos de observación para acceder a las prácticas, es decir, lo que se hace y se dice durante la experiencia militante (asambleas generales, acciones, organización diaria de la lucha); por otra, al análisis de contenido de las entrevistas lo cual ha permitido el acceso a las representaciones, es decir, a lo que se piensa de la experiencia militante. Además, con el uso de los cuestionarios se pudieron reconstruir las trayectorias

profesionales, domesticas, jurídicas (sin-papeles), militantes, de sexo, raza y clase. De ese modo, se han elaborado matrices sobre el reparto del trabajo militante y tipologías de los modos de participación dentro de la lucha.

Para cada movimiento estudiado (excepto el Colectivo cuya investigación no está terminada), las entrevistas han recogido el testimonio de todos los tipos de participantes tomando en cuenta su representatividad en la lucha (véase tabla 1 sobre la distribución de sexo, de raza y de clase), sean hombres o mujeres, parados/as o asalariados/as, sin-papeles o solidarios/as, líderes o no⁸.

3. Dominación masculina y división del trabajo militante

En el trabajo de investigación sobre el que se fundamentan los resultados expuestos en este texto hemos comparado cuatro luchas que en este artículo se presentan a través de un análisis transversal poco atento a las dinámicas particulares de cada movilización. No obstante, se puede afirmar que, al inicio de su desarrollo, todos los movimientos estudiados se caracterizan por la conquista de una posición dominante por parte de algunos hombres mediante la prescripción de una cierta organización del trabajo militante. Esta prescripción toma formas variables que implican diversos modos de participación accesibles para el resto de participantes, que alternan entre los modos activos y pasivos.

3.1. El inicio de la lucha y la toma de poder por parte de los hombres

Las cuatro movilizaciones estudiadas fueron “lanzadas” por hombres que tienen en común varias disposiciones. Es importante señalar que no se trata de todos los hombres que han conquistado los puestos de la dirección formal del movimiento sino de una fracción de la clase masculina. Esta fracción, en primer lugar, no forma parte de las personas directamente concernidas por la temática de la acción colectiva –no son parados o sin-papeles–, aunque puedan haber vivido un periodo de paro (Morlaix, Rennes) o una situación de discriminación racista (Comité). La mayoría tiene una situación profesional relativamente estable: son funcionarios (muchos son profesores) o precarios con empleo que rechazan un modo de vida fundado sobre un salario estable. En segundo lugar, poseen un capital militante elevado que proviene de una larga trayectoria dentro de distintas organizaciones sociales –tanto de origen comunista (Morlaix, Comité, Rennes) como anarquista (Morlaix, Rennes)–, o dentro de movimientos sociales pasados, estudiantiles y/o feministas (Colectivo, Rennes). Este capital legitima su rol central en el inicio de la lucha, aunque no formen parte de los parados o de los sin-papeles.

Así, por un lado, consideran que luchar supone poseer varias habilidades que están convencidos de tener y que compensan, para algunos, un capital cultural poco elevado. Por otro, consideran que los “sin”, por definición, no tienen recursos y, en el caso de los sin-papeles, tienen demasiado miedo o corren demasiado riesgo para iniciar una movilización. Además, todos estos hombres tienen trayectorias domésticas que les ofrecen gran disponibilidad para entregarse a la acción

⁸ Para más detalles sobre el proceso de investigación y planteamiento técnico y metodológico, véase Dunezat (2004: 166-206).

colectiva: son solteros o explotan⁹ la mano de obra femenina en su trayectoria familiar. Si añadimos que la mayoría tiene títulos universitarios que les aseguran un futuro estable y que son blancos –excepto en el Comité, donde hay hombres negros y en el cual la división de raza toma sentido a través de la posesión o no de papeles y de la nacionalidad francesa–, podemos decir que los hombres que impulsan los cuatro movimientos estudiados comparten y acumulan disposiciones sociales susceptibles de actuar como recursos en la dinámica de la lucha.

Pero la lectura hasta ahora ofrecida no es suficiente para explicar que en cada uno de los movimientos hubiese otros hombres que compartían las mismas disposiciones que los impulsores y que, sin embargo, no formasen parte de esa élite dominante. De modo que para entender por qué ciertos hombres han podido conquistar una posición dominante es necesario tener en cuenta los dispositivos de militancia que (se) crean durante la acción colectiva. Esto implica referirse a la organización del trabajo militante.

Desde la primera asamblea, los hombres que iniciaron la movilización son centrales en la prescripción del trabajo militante y de su organización. Por ejemplo, dicen que se necesita un presidente para cada asamblea, un orden del día, un turno para hablar, un tiempo delimitado para cada punto del orden del día, unas reglas para tomar decisiones (reglas de voto en general), incluso un reglamento, unas comisiones para dividir el trabajo, etc. Expresan también que se requieren competencias discursivas para hablar con los/as periodistas, para escribir octavillas o para representar al movimiento en las delegaciones. Mediante esta prescripción de tareas intentan delimitar un modo de organización que les convenga, tomando en cuenta su capital militante y/o cultural. De ese modo, solo quedará ocupar todos los cargos de poder: presidir las asambleas generales o las comisiones, proponer acciones, ser voluntario para las delegaciones, etc. Finalmente, haciéndose cargo de todas estas tareas visibles, estos hombres se convierten en –mejor dicho, se imponen como– personas visibles, oradores y, por supuesto, carismáticos líderes. Este proceso de dominación se vuelve un proceso de desposesión cuando estos hombres consiguen monopolizar la producción del mensaje del movimiento, proponiendo los lemas para las pancartas, escribiendo las octavillas que se van a distribuir o contestando a los/as periodistas y a los/as investigadores/as (impidiendo contestar a los “sin”).

En este punto del artículo conviene señalar que, en el enfoque empleado en este análisis, el concepto de trabajo militante se refiere a cualquier tarea, no sólo al trabajo prescrito de los dominantes. Por ejemplo, contabilizamos como tareas el hecho de hacer el café o la comida, de ordenar las sillas, de hacer bromas, pero también la presencia “inactiva” en la asamblea, la llegada con retraso, la despedida adelantada o el hecho de salir a fumar, entre otras. También incluimos numerosas tareas no prescritas como criticar, ponerse nervioso/a, amenazar a alguien o romper con el orden del día establecido. Se dibuja así el trabajo “real” del movimiento, no sólo el trabajo “prescrito” por los dominantes (Dunezat, 2004). Es necesario para que la división del trabajo militante no se convierta en una dicotomía entre los beneficiarios potenciales (pasivos) de la militancia y los militantes (activos) “por conciencia” –como ocurre con la corriente norteamericana de la “movilización de

⁹ Con el registro de la explotación para caracterizar las relaciones de sexo en cuanto al trabajo doméstico, nos inscribimos en el enfoque feminista materialista francés (Delphy, 2001; Guillaumin, 1992).

los recursos” (McCarthy y Zald, 1977) –que encarnan “la figura específica del empresario de protesta, al verdadero schumpeteriano del movimiento social” (Neveu, 2002: 56). Todos los participantes de un movimiento social trabajan, pero no tienen la misma posición en la división del trabajo. Teniendo en cuenta la existencia de la dominación masculina, ¿cuáles son los modos de participación de los/as dominado/as en los primeros días de la lucha?

Las mujeres, en general, y los hombres con menor capital cultural, específicamente lo/as parado/as y lo/as sin-papeles, están encerrados en tres modos de participación, más o menos localizables según la organización del trabajo militante que predomina. Además, existen otros dos modos de participación accesibles cuando así lo deciden los agentes dominantes.

3.2. Los modos activos de participación de los/as dominado/as: el hombre obediente y la mujer disponible

“Hay jefes y nos respetamos hablando”.

(Juan, varón. Morlaix, Asamblea general)

“No pongamos en cuestión lo que ha dicho el presidente”.

(Danielo, varón parado. Morlaix, Asamblea general)

El primer modo de participación, muy presente en Morlaix y en el Comité, es el *modo obediente* (de carácter temporal) en el cual los hombres sin capital cultural, militante y económico están muy representados y en el que las mujeres son casi invisibles. En este modo, los participantes hacen las tareas prescritas (por los dominantes) con fuerte dimensión ejecutiva, pero con un alto nivel de visibilidad (como las tareas heroicas de la seguridad o las derivadas de dormir en el edificio ocupado). Estos hombres adquieren visibilidad y reconocimiento porque sus tareas están controladas (por los dominantes) durante las asambleas. Este control, a través de la rendición de cuentas, es una ocasión para ellos de hablar y de desarrollar un fuerte sentimiento de pertenencia al grupo. Algunos incluso logran acceder a un estatus en la jerarquía intermedia, siendo responsables de una tarea delimitada y especializada (fotocopias, seguridad, secretariado o intendencia, entre otras) o jefes de grupo de sin-papeles (en el Comité). Como expresa el siguiente testimonio:

“Aquí, en el núcleo duro, cada uno ha encontrado su sitio: Felipe a la cabeza, yo el secretariado, Pascual la Seguridad, Guillermo el intendente”.

(Juan, inactivo. Morlaix, Asamblea general)

Aunque el modo obediente se estructura a través de la reconversión de competencias adquiridas en la esfera profesional, la exclusión social de esta categoría de hombres es tan fuerte que aceptan cualquier tarea y legitiman con mucho fervor el orden militante que rige. Tal y como lo explican durante las entrevistas, el trabajo militante actúa como un sustituto de la inactividad y del sentimiento de inutilidad provocado en el caso de muchos hombres por el estatus de “sin”. Esta categoría de hombres comparte, con los dominantes, trayectorias

domésticas que les permiten tener tiempo: muchos son padres y sus mujeres no participan en la lucha.

El segundo modo de participación, muy presente en todas las luchas, es el *modo disponible*, casi exclusivamente femenino y muy vinculado a la “relación de servicio” –similar a la que se produce en el trabajo doméstico– fundada sobre una “disponibilidad permanente” que caracteriza las relaciones sociales de sexo en este campo de trabajo (Chabaud-Rychter *et al.*, 1985: 45). A este respecto, preguntando a una mujer sobre las tareas en las que ha participado durante el movimiento:

“Bueno, la difusión de octavillas, fijación de carteles, preparación de octavillas, redacción, acogida de gente, discusión con gente permanentemente, como en el patio, además... preparación de pancartas, organización de la comida, de lo cotidiano ligado a la ocupación, traslado del equipamiento, preparar comida para llevar a casa, llevar sacos de dormir, tonterías, hornos, cosas... cositas de comodidad, llamar por teléfono... [...] No sé si faltará alguna tarea más de enumerar... Fregar los platos, la comida, ir a buscar gente...”

(*Caterina, mujer parada. Morlaix, entrevista*)

Consiste sobre todo en: “hacer lo que queda por hacer y lo que no se ve”. Abarca todas esas tareas que nunca se discuten en las asambleas generales porque los dominantes las olvidan o porque no tienen conciencia de su existencia. Se trata de limpiar lo que no limpió el intendente; de estar presente durante el día (cuando los hombres que ocuparon de noche se fueron a dormir a casa); de organizar la búsqueda de comida para la cena de los que dormirán la noche siguiente; de acompañar a lo/as sin-papeles en sus trámites en la *Préfecture*, o de visitar a un sin-papeles detenido, entre otras. Este trabajo que se genera en el modo disponible, al no ser muy especializado, no da lugar a posiciones de jerarquía intermedia. Asimismo, se encuentra sobre todo en las mujeres que disponen de capital cultural y/o militante suficiente y tienen situaciones profesionales parecidas a las de los hombres dominantes, aunque más precarias. Éstas entran con reservas en la lucha porque perciben la dominación masculina. Además, no les gusta el orden militante demasiado jerárquico o no se sienten cómodas aprovechándose de su desajuste social y profesional respecto de los “sin”.

“Durante los primeros días [...] no estaba cómoda [...]. Tenía miedo de decir demasiado, de ocupar demasiado espacio, o de ser... Estaba aquí pero no encontraba realmente mi sitio, lo encontraba bastante difícil”.

(*Caterina, mujer parada. Morlaix, entrevista*)

Dicho esto, y preguntándole acerca de lo que quería decir, añade:

“[...] Había gente que tenía maneras de formular o de expresarse o de actuar muy fragmentadas. Creo que... [Silencio] no era muy fácil vivirlo. Encontrarte cerca de gente que podía ser..., o que podía criticar la forma en la que alguien había escrito en el libro de apoyo [al movimiento], casi delante de la persona en cuestión y, diciendo: «¡Oh! pero has visto qué falta de ortografía ha hecho». Ese tipo de cosas, por ejemplo, además ellos también tenían muchas faltas de ortografía. Es

pretencioso lo que digo, pero, bueno, es así. Asumo lo que digo, y me decía a mí misma: «*Coño, tengo que agarrarme para quedarme, para que la gente vea que tenemos un montón de maneras de expresar las cosas y que no haya atropellos*». Quizás sea duro lo que digo, pero, algunas veces, estábamos al borde del atropello (*Ibid.*)”.

De este modo, estas mujeres, como no saben si van a participar de modo más activo, usan el modo disponible para ser útiles en la acción colectiva antes de decidirse. El problema es que su manera de participar priva a otras mujeres, menos dotadas de capital cultural pero más preocupadas, del acceso a estas tareas. Consecuentemente, se puede decir que, a causa de la dominación masculina, la división del trabajo militante funciona como si impidiera la participación de todos los grupos sociales representados en la lucha. También en detrimento de las mujeres que están al margen (excluidas) de todas las estructuras sociales (de sexo, clase y raza) y que, lógicamente, participan con más irregularidad, incluso abandonando la lucha de forma más temprana y “discreta”.

Los modos obediente y disponible suponen una organización del trabajo militante a la vez jerarquizada y extensiva, ya que la lucha genera una gran cantidad de tareas. Esta disposición de labores, basada en la dominación, permite que la mayor parte de las personas que se acercan al movimiento tenga una tarea asignada y puedan desarrollar un sentimiento de pertenencia de grupo.

3.3. Los modos pasivos de participación de los/as dominado/as: inactividad, testimonio y cuota

“Cualquier asamblea es muy agotadora, porque, lo que hay que saber, es que hay que escuchar. Escuchar, interiorizar lo que se dice, dialogar si quieres, eso es lo que agota, cansa más que llevar a cabo una acción. Porque, en una acción, te mueves, respiras, pero, cuando oyes hablar, es una comedura de coco. Comedura de coco. Yo me duermo”.

(*Pascual, hombre parado. Rennes, entrevista*)

El tercer modo de participación de los/as dominado/as es el *inactivo*, que surge cuando no hay suficientes tareas para todas las personas participantes, porque la movilización no genera mucho trabajo. Aunque se puede encontrar en todas las luchas, su intensidad depende de dos criterios: el número de acciones organizadas y el tipo de organización del trabajo militante.

En el modo inactivo, la gente limita su trabajo a las tareas de presencia y, poco a poco, esta presencia se vuelve inactiva y silenciosa, transformando el rol de la mayoría de los/as movilizado/as en el de espectadores/as del trabajo de los dominantes. Más concretamente, en este modo, la falta de trabajo militante no permite convertir las competencias adquiridas en otras esferas en tareas que proporcionen un sentimiento de utilidad en la lucha. Los/as inactivos/as se sientan en un rincón de la asamblea y, cuando no duermen, parece que sueñan o que hablan de otra cosa de manera discreta. Salen varias veces para fumar y charlar, compartiendo un sentimiento de incompreensión sobre el estancamiento del conflicto y sobre el sistema interno de organización. En este momento, de no

existir una dimensión nacional y mediática del movimiento o una necesidad de mantenerlo por interés individual, muchas de las personas que lo conforman lo habrían abandonado. A pesar de que el modo inactivo se encuentra mayormente en hombres que en mujeres, en éstas tiene un efecto más inmediato puesto que no tardan en abandonar la movilización alegando que tienen otras tareas que las esperan en el campo doméstico.

Este modo inactivo se ha encontrado con más fuerza en Rennes porque los dominantes no formaban un grupo homogéneo según su trayectoria política (comunista o anarquista). Efectivamente, fue la corriente comunista –menos de cinco personas– quien comenzó la movilización. Sin embargo, desde el inicio, una decena de hombres anarquistas se integró en el movimiento, lo que derivó en una serie de conflictos entre las dos sensibilidades. Durante un mes, comunistas y anarquistas coexistieron porque el movimiento era muy activo en términos de acciones haciendo que decenas de parado/as salieran de su aislamiento para participar. La coexistencia necesitaba una estricta organización del trabajo militante que permitiera a las dos sensibilidades controlarse mutuamente. Se desarrolló lo que hemos denominado un *trabajo separado* (Dunezat, 2009). En estos casos, la división del trabajo militante –a través de: horarios similares a los del sistema laboral, reglamentos para delimitar estrictamente el rol del presidente de la asamblea, comisiones temáticas, o un sistema de voto “para todo” que induce la organización de decenas de votos en cada asamblea– era tan rígida y sistematizada que impedía una apropiación colectiva del trabajo realizado. En las asambleas generales no había discusiones colectivas y libres, sino una sucesión de resúmenes de cada comisión, seguidos de votos “oscuros” cuya organización estaba en manos de un presidente elegido y renovado diariamente. La mayoría no entendía el desarrollo de la asamblea, se aburría y mucha gente se desmarcaba a través de su manera de votar. Así, en el momento de votar lo hacían cuando identificaban claramente el sentido del voto de su corriente. Este trabajo separado se materializó fundamentalmente en la división del trabajo militante a través de un reparto de cada categoría de participantes según su identificación política (los comunistas se introdujeron en la comisión de los medios de comunicación y en las delegaciones; y los anarquistas en la comisión de acción y la comisión de reivindicaciones; los “independientes” lo hicieron en la comisión de acción social y en otra dedicada a la elaboración de una lista electoral para presentarse a las elecciones).

Así, Rennes ofrece un modelo ejemplar de un tipo de organización del trabajo militante caracterizada por una ritualización muy rápida y, al mismo tiempo, por una producción muy pequeña de tareas, dos dinámicas centrales en la emergencia del modo inactivo. Tras un mes de coexistencia conflictiva durante las acciones, la corriente comunista perdió todo el poder y abandonó la lucha. La dinámica anarquista invadió todo el espacio, también el de los “independientes”; es decir, el de los/as parado/as. Seis meses después, la cartografía social del movimiento era muy diferente: los anarquistas representaban el 80% de los protagonistas (en vez del 10% en los primeros días) y las mujeres –casi ausentes de la corriente anarquista– sólo representaban el 10% (40% en los primeros días) de las personas participantes.

Además de los tres modelos hasta aquí descritos se han identificado dos modos de participación que dependen directamente de la voluntad de los agentes dominantes.

El primero, detectado sobre todo en Morlaix y en el Colectivo, es el *modo testimonio*. En éste los “sin” están invitados (por los dominantes) a hablar de su forma de experimentar la discriminación; a ponerse en primera línea durante una manifestación; a estar presentes en el momento de organizar una ocupación administrativa de alto impacto mediático (restablecer la electricidad para quienes habían sido privados de ella en Morlaix, reivindicar viviendas en el Colectivo, etc.), o a formar parte de una delegación con las autoridades, entre otras. En ocasiones, son los periodistas quienes piden el testimonio de una persona concernida y son los dominantes quienes eligen a una persona para esta tarea. Además, cuando los dominantes quieren escribir octavillas, no es inusual que necesiten escuchar la palabra de los “sin” para acceder a ciertos datos que sólo da la experiencia. A través de estas acciones se estructura la lucha y prorrumpe de las salas de reuniones para desembocar en la calle. Este hecho resulta movilizador porque ofrece a los “sin” la posibilidad de valorizar su “capital vivido”; es decir, toda esta experiencia adquirida durante la trayectoria de “sin” y que los dominantes no poseen. Sin embargo, son los hombres quienes acceden con más facilidad al modo testimonio; más específicamente, aquellos que dieron muestras de valor y de compromiso mediante su participación a través del modo obediente.

El segundo modo es el *modo cuota*. Consiste en feminizar, a la fuerza, ciertas instancias de poder –como las delegaciones– porque los dominantes provienen de organizaciones en las cuales existe un trabajo de sensibilización antisexista (Federación anarquista, Confederación Nacional del Trabajo, Liga Comunista Revolucionaria) y saben que no es políticamente correcto constituir una delegación estrictamente masculina. Esta cuestión se refleja en la siguiente intervención de uno de los líderes:

“Hacen falta mujeres que se comprometan a participar como portavoces.” [*A lo que añade más tarde*] “Vuelvo sobre la necesidad de que las mujeres se comprometan [*como portavoces*] y para eso pensaba mucho en ti [*Rosana*]”.

(*Marco, líder. Morlaix, Asamblea general*)

Esta invitación no se produce sin antes elegir a la “buena mujer”, es decir, aquella que tiene habilidades demostrables en términos de capital cultural. En este proceso a las mujeres se les confiere, de entrada, un escaso capital militante. A esto se le añade el hecho de que los hombres no les explican demasiados detalles, lo que hace que las mujeres elegidas vayan a los espacios de representación, pero no hablen en ellos.

De lo hasta ahora dicho se desprende la idea de que la división del trabajo militante tiene poco que ver con la eficacia y racionalidad de la acción colectiva. Es, primero y ante todo, una herramienta de dominación masculina, y de actualización de la misma, basada en distinciones sociales múltiples, articuladas y jerarquizadas (de sexo, clase y raza). Este enfoque nos acerca al modo de pensamiento de Marglin (1974) en lo que respecta al sentido de la división del trabajo en el campo económico.

4. Relegación del feminismo y activación de las prácticas feministas

Algunas investigaciones han expresado la hipótesis de que, en los movimientos mixtos sin hegemonía femenina y que no tienen como fin el feminismo, la imbricación de una lucha de clase y de una lucha feminista constituye en sí misma una “radicalidad insostenible” (Kergoat *et al.*, 1992: 123). A diferencia de otras luchas más recientes (Cruells y Ezquerro, 2015), la relegación del feminismo como movimiento político en las luchas estudiadas tiende a confirmar esta hipótesis. Sin embargo, esta relegación no significa que las dinámicas feministas no estructuren las luchas analizadas.

4.1. La relegación del feminismo al inicio de la lucha

Si definimos el ser feminista con el hecho de identificarse de manera abierta y explícita como parte del movimiento feminista que lucha en contra de la dominación masculina, al menos tres de los cuatro movimientos estudiados viven en una contradicción de importantes dimensiones porque no existe dimensión feminista alguna. Ni siquiera existe una línea de trabajo o discurso que trate las consecuencias específicas del paro o de las políticas migratorias sobre las mujeres. No obstante, se debate sobre feminismo en ciertas asambleas generales o, al menos, se escuchan discursos sobre el carácter sexuado del paro y de la experiencia de opresión de las mujeres sin-papeles. En el mejor de los casos, en cada lucha, participan mujeres –y algunos hombres– que consideran que la lucha feminista es una centralidad. En estos casos, el feminismo es parte de las corrientes políticas representadas, pero no consigue estructurar la lucha en la práctica haciendo que éste sea relegado de manera variable.

Al inicio de la movilización en los dos grupos de parados, las mujeres feministas intentan, de manera dispersa, proponer dispositivos peculiares de participación. En la primera asamblea de Morlaix, una mujer habló de la falta de “calor humano”. En ese momento un hombre intervino gritando: “¡ven a mi cama, encontrarás todo el calor que quieras!”. A pesar del comentario, la mujer propuso crear una comisión de mujeres para que hablasen de su experiencia específica sobre el paro. En ese momento la reacción colectiva fue negativa, alegando que no conviene dividirse entre parados. La mujer se calló y desapareció este mismo día de la lucha. Como explica otra mujer:

“O sí no, lo que he notado, sí, es que muchas veces, cuando proponía algo, me decían: “hazlo si quieres”. Pero no era...no tenía el apoyo de la asamblea. Es decir: “Lo haces si quieres, si lo haces, está bien, si no lo haces, pufff, no le importa a nadie”. Eso también lo he notado muchas veces”.

(Francesa, mujer parada. Rennes, entrevista)

En Rennes, esta mujer intentó muchas veces proponer frases en octavillas sobre la situación específica de las mujeres, pero no recibió respuesta alguna. Propuso también la creación de una guardería para facilitar la participación de las mujeres: el movimiento no rechazó su propuesta, pero le invitaron a encargarse de su diseño y organización. Más tarde, a través de una entrevista, nos explicó que no desarrolló

a nivel operativo la idea porque no quería especializarse en la tarea de cuidar niños (más aún, cuando ya tenía seis en casa).

De manera más estructural, y tomando en cuenta la entrada reservada de muchas mujeres en la lucha –entre las que hay algunas feministas–, se observa que éstas deciden “adormilar” su identificación feminista porque, como dice una participante de Morlaix, le emocionó más el movimiento desde el punto de vista de clase que de las relaciones entre hombres y mujeres. Las feministas se muestran más preocupadas por la relegación de “los parados” en la lucha que de la de las mujeres, más aún cuando las paradas, poco representadas en el modo obediente y en el modo disponible, participan de manera más irregular. No obstante, todas las feministas coinciden en declarar que, en la lucha, había un “machismo ordinario, ni mayor ni menor que en otro lugar” y que no querían transformarse en “la feminista de servicio”.

Es necesario precisar esta cuestión en el Colectivo. Éste fue creado en 2001 por uno/as profesores/as y estudiantes entre quienes había alguna/os con una larga trayectoria de militancia feminista (de más de diez años). Además, dos de ella/os habían participado en el movimiento de los parados y habían discutido mucho sobre la dominación masculina, incluso, sobre los efectos de la organización del trabajo militante en ésta. Hacía cuatro años que participaban en una comisión jurídica para asesorar a los sin-papeles, pero a partir del 2001, momento en el que se produce un incremento del número de sin-papeles, se toma la decisión de crear un colectivo para actuar de manera más ofensiva. Muy cercanos a una corriente libertaria que cristalizó durante el movimiento de los parados, los/as impulsores/as del Colectivo imaginan una organización del trabajo militante que rompiera con los códigos del campo militante ritualizado. En el Colectivo, no hay presidente ni cualquier estatuto formal, reglamento, cotización, orden del día o comisiones, ni tampoco hay turno de palabra sistematizado. Todo se presenta como organizado colectivamente durante las asambleas generales semanales (o diarias cuando la lucha es más activa). Se dice que ninguna tarea debe ser especializada mientras se invita a cada nueva persona a que se introduzca rápidamente en el trabajo militante. El objetivo prescrito busca favorecer la participación más amplia e inclusiva de todas las personas; lo que supone la presencia regular en asambleas, la toma libre de palabra, el hecho de discutir en cada momento de cualquier problema o de administrar los conflictos cotidianos.

Hemos denominado *trabajo colectivo* a este modo de organización del trabajo militante. Más concretamente, éste supone establecer una relación muy diferente respecto a los valores de la eficiencia, racionalidad o competencia que estructuran el trabajo en base al “sentido común” dominante en la sociedad. En vez de distribuir el trabajo –lo que provoca un reparto de los/as movilizado/as según sus competencias– se busca realizar el mayor número de tareas posibles conjuntamente, sobre todo durante las asambleas generales. Ya se habían encontrado formas de trabajo colectivo durante las dos primeras semanas del movimiento de Morlaix (Dunezat, 2009), cuando se ocupaba noche y día el Ayuntamiento. A través de éstas se cambió la relación con el tiempo militante –menos delimitado y rígido que en otras luchas y menos ritualizado que otras formas de tiempo social– y con el trabajo militante porque había tantas tareas para administrar la ocupación que toda persona participante podía encontrar trabajo. De

modo que a la hora de hacer operativo el trabajo colectivo, no es que la tarea sea menos especializada, sino que lo/as movilizado/as desarrollan un fuerte sentimiento de pertenencia al grupo, así como de apropiación del trabajo militante hecho por otro/as.

En ese sentido, si comparamos los cuatro movimientos estudiados, comprobamos que el modo de organización basado en el trabajo colectivo llevado a cabo por el Colectivo ha jugado un rol decisivo en su feminización ya que entre el 50% y el 70% de lo/as movilizado/as son mujeres. Este modo de organización está legitimado, de manera explícita, con un discurso a la vez libertario y feminista, pero, de manera paradójica, el feminismo no estructura los fines de la lucha. En primer lugar, el Colectivo está atravesado por una división del trabajo militante muy fuerte entre lo/as que el Colectivo llama “los apoyos” (franceses/as blanco/as con un alto capital cultural o militante, una categoría profesional a menudo elevada, y con trayectorias domésticas en muchas ocasiones basadas en experiencias de la autonomía, del abandono o del reparto del trabajo doméstico) y los sin-papeles, denominados *in situ* a través de la expresión “los migrantes”. Éstos participan de manera cada vez más regular en la lucha y en sus asambleas. El problema es que la experiencia del trabajo colectivo sólo se refiere a “los apoyos” y, si tenemos en cuenta a los sin-papeles, la división del trabajo militante es muy parecida a la experimentada en la organización del trabajo separado. Lo/as sin-papeles sólo alternan entre el modo inactivo y el modo testimonio de participación.

Tomando en cuenta esta división entre “apoyos” y sin-papeles o “migrantes” que estructura la subjetividad de lo/as movilizado/as en el Colectivo, la división entre hombres y mujeres –aunque visible– cobra menos importancia, incluso para la/os feministas. Tal y como ocurría en el caso de los movimientos de parados, la/os feministas del Colectivo han “adormecido” su trayectoria feminista, más preocupada/os por la dominación racista que sufren los/as sin-papeles en sus trámites cotidianos con la administración y en las relaciones internas del propio Colectivo.

4.2. Dinámicas feministas directas: la denuncia de la dominación masculina

De lo dicho hasta el momento se concluye que las feministas no consiguen influir en el mensaje público de la lucha y, a causa de las desigualdades de clase o de raza, “adormecen” o silencian su trayectoria política feminista. Sin embargo, este resultado no es suficiente porque no toma en cuenta la importancia de las prácticas en el contexto estudiado. En un movimiento mixto que no se presenta como feminista, el criterio adecuado para evaluar el rol del feminismo no es la proclamación de una conciencia feminista, sino todas las prácticas que denuncian la dominación masculina. Según nuestro enfoque, se puede denunciar de manera directa, apelando a la dominación masculina, o de manera indirecta, apelando sólo al orden militante. Desde este punto de vista, los procesos de resistencia en los movimientos estudiados contenían varias dimensiones feministas. El primer modo de resistencia feminista que surge dentro de la lucha –por parte de mujeres que no tenían trayectorias feministas constatables– es la denuncia explícita de la dominación masculina. Hemos experimentado dos situaciones diferentes que ejemplifican muy bien a qué nos referimos.

En primer lugar, en Rennes (Dunezat, 2007), se constituyó un “actor social mujeres” (Kergoat *et al.*, 1992) que se diferenció por varios elementos durante las entrevistas realizadas. Muchas mujeres evocaron el tema de las relaciones entre hombres y mujeres antes de que el investigador lo abordase. También dijeron que habían tomado conciencia de la dominación masculina –durante los conflictos entre anarquistas y comunistas– y discutieron esta dinámica. Todos estos signos se pueden interpretar como una forma de conciencia feminista producida por la lucha (porque no existía antes del movimiento, por lo menos con este contenido) que desembocó en el intento de organizarse para enfrentarse a la dominación masculina. Por ejemplo, dicen que no sólo hablaron entre ellas de esta dominación, sino que también intentaron “tomar” el rol de presidente en las asambleas. En este sentido, se puede hablar de un “actor social mujeres” pero sólo en formación porque la desvinculación colectiva de las mujeres no dejó tiempo para que éste cristalizase.

En segundo lugar, en el Comité, se observó otra subversión “feminista”. En la lucha, el trabajo separado y muy jerarquizado tomaba la forma de una división explícita y organizada entre seis grupos masculinos de sin-papeles y un grupo femenino de sin-papeles. La separación de sexo, cuyo origen se encuentra en la voluntad de respetar las –supuestas– “tradiciones culturales” de los inmigrantes que acaban de llegar a Francia, era obligatoria, y al principio de la inmersión parecía muy eficaz para reservar todo el trabajo militante con una dimensión doméstica a las mujeres. Después de seis meses de observación y de una evidente invisibilización de las mujeres en la toma de palabra, se produjo el siguiente incidente durante un día de reunión de la dirección tras repartir el trabajo de distribuir octavillas realizado por el portavoz (Comité, Reunión de dirección):

- “He visto que las mujeres no fueron tomadas en cuenta. Somos parte de los sin-papeles, hombres o mujeres. Propongo que participemos. [...]” (*Mujer árabe*).

- “Primero, daré la palabra a las mujeres y después a los hombres” (*Miembro de la dirección política que preside la reunión*).

- “Hace un mes que estoy presente y es siempre lo mismo. A nosotras las mujeres, no nos explicaron la situación, la dirección no nos explicó... [...] ¿Esta asociación, es sólo para los hombres? ¿Se necesitan músculos? ¡Me gustaría que me explicaran! Me gustaría estar más en la lucha, ser útil, no sólo estar presente. ¡Hay que explotar nuestros conocimientos!” (*Yamina*).

[...]

- “Yo asistí a dos o tres reuniones de la dirección, pero no entendí lo que tenía que hacer. ¡Quiero ser partícipe, pero denme una tarea!” (*Yamina*).

- “Yo espero del grupo de las mujeres un funcionamiento igual al de los grupos de los hombres” (*Houria*).

[*El portavoz grita porque los hombres están riéndose de las mujeres cada vez que hablan*]

- “[...] Nos gustaría que nos explicaran, que nos reuniérais una vez por semana. ¡Hace tiempo que estoy aquí y no entiendo lo que hacen las mujeres, excepto hacer el cuscús! ¡Nosotras, queremos realmente integrarnos y hacer lo que los hombres hacen!” (*Houria*).

De la reproducción textual de esta situación se percibe la existencia de una actitud activa frente a la dominación por parte de las mujeres –incluso cuya sensibilidad feminista es “intuitiva”–, en el seno de un movimiento con marcada dominación masculina y una organización muy ritualizada del trabajo militante. Se percibe que el tema del reparto del trabajo militante es central en la subversión del orden: las mujeres hablan de participar, de ser útiles, de convertir sus competencias, de hacer algo, de tener una tarea, de salir del estricto campo del trabajo doméstico.

4.3. Dinámicas feministas indirectas: el salvamento y la dirección de la lucha por las mujeres

En Morlaix y en el Colectivo no se encuentra una denuncia sobre la dominación masculina, sin embargo, las mujeres desempeñaron un papel primordial en la crítica del orden militante y en el porvenir de la lucha. Tomaremos el ejemplo de Morlaix, sabiendo que los procesos son, a este respecto, muy parecidos en el Colectivo.

Tras dos semanas de ocupación del Ayuntamiento, los tres hombres identificados como líderes –no son parados– empiezan a dudar del interés de alargar la ocupación. Proponen dejar de ocupar el Ayuntamiento para reorientar el trabajo militante hacia actividades a largo plazo, haciendo un periódico, un huerto o comisiones de reflexión, entre otras cosas. La propuesta de parar la ocupación es muy mal acogida por los hombres que se comprometieron en la lucha mediante el modo obediente. Por primera vez, resisten al orden militante pero, tras tres días de debates, los tres líderes consiguen hacer votar la evacuación del Ayuntamiento. En los días siguientes, como una gran parte del trabajo militante asociado a la ocupación había desaparecido, se desarrolla en el movimiento el modo inactivo mientras que el modo obediente y el modo disponible desaparecen por falta de trabajo. Lo extraño, en comparación con las otras luchas, es que este modo inactivo no provoca silencio y desvinculación discreta. Apoyándose sobre un consumo bastante importante de alcohol, “los inactivos” empiezan a criticar la dominación de la asociación iniciadora de la lucha y de su presidente. En su empresa bastante desorganizada, incluso violenta, “los inactivos” reciben el apoyo de las mujeres que habían hecho una entrada con reservas en la lucha. A éstas no les importaba quedarse o no en el Ayuntamiento, sino que emplean lo ocurrido –y la manera en la cual los tres hombres han manipulado el movimiento para que se vote la evacuación– para criticar de forma más general la organización del trabajo militante, específicamente, la dominación de los tres hombres (pero sin hablar de dominación masculina). La subversión del orden militante provoca una actitud reiterada que se puede analizar como una práctica distintiva de los dominantes (cuando no usan o no pueden usar la violencia): los tres jefes manifiestan su insatisfacción enfurruñándose y dicen abiertamente que, si no conviene su trabajo, no harán nada más. Esta práctica desestabiliza la lucha porque, de repente, la organización prescrita del trabajo militante se encuentra sin sus “artesanos” principales y el movimiento corre el riesgo de agonizar.

Tomando en cuenta el capital cultural y/o militante que tienen, las mujeres convirtieron su modo disponible inicial de participación en un modo activo muy parecido al de los tres líderes. Viendo el riesgo de la actitud de éstos para el

porvenir de la lucha, las mujeres –podemos decir que esto no se hizo de manera concertada a partir de la información disponible– se pusieron a dirigir la movilización; es decir, a presidir las asambleas, a proponer y organizar acciones, a dormir durante las ocupaciones de noche, a modificar las reglas de funcionamiento. Por ejemplo, cuando presiden las asambleas, suprimen el rígido sistema del turno de palabra para sustituirlo por un sistema de turno de mesa para cada uno de los puntos del orden del día, combinándolo con una palabra más libre y, en los casos en los que es necesario, un turno de palabra excepcional. Como han percibido que la falta de trabajo desactiva el movimiento, proponen hacer comidas y cenas diarias para que la gente en paro no se encuentre aislada y para que aparezcan nuevas tareas en el transcurso de estas actividades. El problema es que nadie quiere hacer el trabajo de organización de las comidas y las mujeres tienen que cocinar todo el día, lo que significa ir de compras, preparar, servir, etc. Aunque habían apoyado a “los inactivos”, de-solidarizándose de sus compañeros de clase y amigos (los tres líderes), no reciben ayuda en contrapartida porque el registro doméstico del trabajo militante que realizan provoca la inferencia dentro de la lucha de la experiencia del explotador en relación a la esfera doméstica. Así, los hombres comienzan a preguntar a qué hora se come, por qué no hay sal, y algunos –bromeando o no– no dudan en exigir que las mujeres les sirvan porque, en su casa, se hace así. Como dijo una mujer que se había divorciado para escaparse de la experiencia del explotador, “me habían hecho la cocinera”.

Estas mujeres consiguen atrasar el fin del movimiento durante casi un mes, –incluso provocando la vuelta de las mujeres sin capital que habían desaparecido– pero, al hacerlo, se cansan y, además, sufren de prácticas patriarcales con las cuales habían roto en su trayectoria individual.

5. Conclusiones

Del análisis de los movimientos estudiados en este artículo, constatamos que no se puede analizar los procesos de profundización democrática sin tener en cuenta las relaciones sociales de poder que les atraviesan y que contribuyen a darles forma. Este análisis no nos parece posible sin investigar el tipo de organización del trabajo que cualquier campo social supone y genera. En cuanto a las relaciones sociales de sexo, las movilizaciones estudiadas muestran que ciertos hombres –con ciertos capitales y disposiciones– no sólo inician las movilizaciones, sino que prescriben el trabajo militante y su organización de tal manera que su presencia se vuelve legitimada e imprescindible para el movimiento. Aunque no rechazamos los análisis que insisten sobre el rol central –en términos de aporte de recursos– de los “militantes por conciencia” en la emergencia, incluso las posibilidades que tienen este tipo de movilizaciones (McCarthy y Zald, 1977; Siméant, 1998; Cadiou y Dechezelles, 2007), consideramos que esta literatura sociológica oculta el hecho de que los “militantes por conciencia” puedan contribuir en la relegación, la invisibilidad o la desmovilización de otros tipos de militantes. Específicamente, aquellos/as que están directamente afectados/as por el porvenir de la lucha y sus probabilidades de éxito. Así, los modos obediente, disponible, inactivo, testimonio

y cuota deben ser concebidos como productos de la lucha; del tipo de división del trabajo militante que la caracteriza.

En tal contexto, y desde nuestro enfoque, aunque las experiencias sean muy variables y las dinámicas feministas más audibles y visibles en la realidad social, la dominación masculina sigue constituyendo una dinámica central de los procesos de profundización democrática. Tal dominación no tiene consecuencias semejantes sobre la participación de las mujeres, porque hay que tener en cuenta que no forman un grupo homogéneo y el hecho de que la división del trabajo militante pueda desembocar en un trabajo separado o un trabajo de tipo más colectivo. Según nuestro enfoque, la conciencia feminista no es suficiente –ni siquiera determinante– en la constitución de la resistencia a la dominación masculina, ya sea de forma directa o indirecta. No obstante, se puede construir un verdadero “feminismo práctico” dentro de la lucha, dinámica que provoca no sólo una participación más amplia de ciertas mujeres, sino una forma de profundización democrática en el hecho mismo de pensar y organizar el trabajo militante. Consecuentemente, pensamos que las experiencias de profundización democrática no deben de ser analizadas de manera idealista o pesimista. Considerando que, en todos los campos del mundo social, los *rappports sociaux* son relaciones de poder que combinan dominación y resistencia, los procesos de profundización democrática necesitan, para su desarrollo, una postura ambivalente, benevolente y crítica, desde un punto de vista sociológico o comprometido.

6. Bibliografía

- Alfama, E. y N. Miró, eds., (2005): *Gènere i Moviments Socials. Una mirada a la participació de les dones a la Plataforma en Defensa de l'Ebre*, Valls, Cossetània.
- Álvarez Molès, P. (2012): *Movimientos sociales, relaciones de género y cultura. El caso de los gaztetxes en Euskadi*. Disponible en: http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones_subvencionadas/es_def/adjuntos/B-3_2011.pdf [Consulta: 28 de diciembre 2016]
- Biglia, B. (2005): *Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los Movimientos Sociales*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona.
- Cadiou, S., S. Dechezelles y A. Roger (2007): *Passer à l'action: les mobilisations émergentes*, Paris, L'Harmattan.
- Cervera-Marzal, M. (2015): “Domination masculine dans le militantisme. Analyse des rapports de genre au sein d'un collectif altermondialiste”, *SociologieS*. Disponible en: <http://sociologies.revues.org/5116> [Consulta: 11 de mayo 2016]
- Chabaud-Rychter D. y D. Fougeyrollas-Schwebel, F. Sonthonnax (1985): *Espace et Temps du Travail Domestique*, Paris, Librairie des Méridiens-Klincksieck.
- Cosy, V., G. Pannatier, C. Perrin y P. Roux (2005): “Les logiques patriarcales du militantisme”, *Nouvelles Questions Féministes*, Lausanne, Editions Antipodes, 24(3).
- Crenshaw, K. W. (2005): “Cartographie des marges: intersectionnalité, politique de l'identité et violences contre les femmes de couleur”, *Cahiers du Genre*, 39(2), pp. 51-82.
- Cruells M. y S. Ezquerro (2015): “Procesos de voluntad democratizadora: la expresión feminista en el 15-M”, *ACME*, 14(1), pp. 42-60.

- Cruells López M. y S. Ruiz García (2014): “Political Intersectionality within the Spanish Indignados Social Movement”, *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 37, pp. 3-25.
- Delphy, C. (2001): *L'ennemi principal. Tome 2: Penser le genre*, Paris, Syllepse.
- Demazière, D. y M-T. Pignoni (1998): *Chômeurs: du silence à la révolte*, Paris, Hachette.
- Dunezat, X. (2004): *Chômage et action collective. Luttés dans la lutte. Mouvements de chômeurs et chômeuses de 1997-1998 en Bretagne et rapports sociaux de sexe*, Tesis doctoral inédita, Université Versailles / Saint-Quentin-en-Yvelines.
- Dunezat, X. (2007): “La fabrication d’un mouvement social sexué: pratiques et discours de lutte”, *Sociétés & Représentations*, 24, pp. 269-283.
- Dunezat, X. (2009): “Organisation du travail militant, luttés internes et dynamiques identitaires”, en M. Surdez, M. Voegtli y B. Voutat, ed., *Identifier – S’identifier. A propos des identités politiques*, Lausanne, Editions Antipodes, pp. 155-175.
- Fillieule, O. y P. Roux (2009): *Le sexe du militantisme*, Paris, Presses de Science Po.
- Galerand, E. y D. Kergoat (2015): “Consustancialité vs. interseccionalité? A propos de l’imbrication des rapports sociaux”, *Nouvelles pratiques sociales*, 26(2), pp. 44-61.
- Gender & Society* (1998): *Gender & Social Movements* (1), 12(6).
- Gender & Society* (1999): *Gender & Social Movements* (2), 13(1).
- Godelier, M. (1984): *L'idéal et le matériel. Pensée, économies, sociétés*, Paris, Fayard.
- Guillaumin, C. (1992): *Sexe, Race et Pratique du pouvoir. L'idée de Nature*, Paris, Côté-femmes éditions.
- Horn, J. (2013): *Género y movimientos sociales*, BRIDGE. Disponible en: [http://www.eldis.org/vfile/upload/4/document/1402/Género y movimientos sociales Informe general.pdf](http://www.eldis.org/vfile/upload/4/document/1402/Género_y_movimientos_sociales_Informe_general.pdf) [consulta: 28 de diciembre 2016]
- Kergoat, D. (2012): *Se battre, disent-elles...*, Paris, La Dispute.
- Kergoat, D. y F. Imbert, H. Le Doaré, D. Sénotier (1992): *Les infirmières et leur coordination. 1988-1989*, Paris, Lamarre.
- Marglin, S. (1974): “What Do bosses Do?”, *The Review of Radical Political Economics*, 6(2), pp. 60-112.
- Martínez-Palacios, J. (2013): “La participation des femmes aux mobilisations environnementales”, *Raison Présente*, 186, pp. 27-38.
- Matonti, F. y F. Poupeau (2004): “Le capital militant. Essai de définition”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 155, pp. 5-11.
- Mathieu, L. (2012): *L'espace des mouvements sociaux*, Paris, Editions du Croquant.
- McCarthy, J. D. y M. Zald (1977): “Resource Mobilization and Social Movements: a Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, 82, pp. 1212-1241.
- Neveu, E. (2002): *Sociologie des mouvements sociaux*, Paris, La Découverte.
- Nicourd, S. (2009): *Le travail militant*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Osborne, R. (2005): “Desigualdad y relaciones de género en las organizaciones: diferencias numéricas, acción positiva y paridad”, *Política y Sociedad*, 42(2), pp. 163-180.
- Siméant, J. (1998): *La cause des sans-papiers*, Paris, Presses de Sciences Po.